
Entrada Libre

Rehabilitación del anticuario

Sarah Watling

Sarah Watling es historiadora y autora de *Noble Savages. The Oliver Sisters. Four Lives in Seven Fragments* (Vintage, 2020), su primer libro. Esta nota sobre la historiadora Rosemary Hill —autora de una biografía del arquitecto y diseñador inglés Augustus Pugin (1812-1852): *God's Architect* (2007)— apareció originalmente en la entrega de junio de 2021 de *Literary Review*. Traducción de Antonio Saborit.

EN AGOSTO DE 1815, semanas después de la derrota francesa en Waterloo, el novelista Walter Scott se propuso visitar el campo de batalla. Parado en el sitio desde el cual Napoleón viera supuestamente la batalla, Scott experimentó un “profundo e inefable sentimiento de asombro”, antes de verse sitiado por los vendedores. Scott regresó de ahí con una gran cantidad de *souvenirs*, incluida la calavera de un miembro del regimiento de caballería británico. Luego se fue a casa y escribió *El anticuario*, una novela en la cual “la idea de una relación vivida entre el pasado y el presente, recreada por medio de artefactos, emerge por primera vez como un tema en la literatura”, según observa Rosemary Hill en *Time's Witness: History In the Age of Romanticism* (Allen Lane, 2021). Fue también el “primer autorretrato” de un anticuario en la literatura británica.

Seguimos haciendo menos al anticuario como el tipo del anodino coleccionista de información representado por el osificado Casaubon de George Eliot. Para los historiadores caballeros de la Ilustración, los anticuarios eran unos pobres diablos de provincia sin gusto alguno (en otras palabras, que carecían de los recursos para realizar el Grand Tour), cuyo interés en los vestigios materiales del pasado iba de lo soso a la absoluta locura. Para los profesionales del siglo XIX que vinieron después de ellos, su amateurismo era de dar pena, sus aportaciones al conocimiento eran rara vez reconocidas, aun cuando (o especialmente porque) aportaron las bases para trabajos posteriores. En *Time's Witness*, una historia de la historia en la época romántica, Hill propone una rehabilitación. Toma "impulso" en la implicación proveniente de *The Romantic Movement and the Study of History*, de Hugh Trevor-Roper, según la cual el desarrollo de la disciplina entró en una pausa entre las figuras señeras del siglo XVIII (Hume, Gibbon, Robertson) y las del XIX (Macaulay, Michelet, Ranke), Hill sostiene que el estudio del pasado durante esos años se vio atendido precisamente por estos personajes laboriosos tan calumniados.

Los mejores anticuarios, así lo muestra Hill, eran personas cultas, activas e imaginativas (y en su mayoría fueron hombres, aunque Hill le da espacio a algunas mujeres), capaces de ordenar masas de información en forma tal que por primera vez iluminaron franjas del pasado. Entre ellos, fueron responsables de la increíble expansión en lo que estaba permitido contar como historia, en términos de fuentes y de temas. De manera significativa, hicieron del pasado un tópico de interés popular y hasta de inversión.

El linde entre "historiador" y "anticuario" siempre fue poroso y muchas veces se relacionó con la clase. En general los anticuarios de este periodo estaban "en algún lado entre las clases artesanas y las filas bajas de la *gentry*"; muchos eran católicos y no tenían acceso a cargos públicos. De manera significativa, los historiadores se confinaron al estudio de los registros escritos, mientras que los anticuarios deambulaban por la arquitectura, los manuscritos, las imágenes y cualquier artefacto físico del que pudieran apropiarse. Operaron "por medio de sociedades independientes y redes de colaboración informales". En cuanto al territorio intelectual, no eran exigentes: si una ciencia como la botánica o la geología los podía ayudar a entender el pasado, la aplicaban. Se aventuraron en áreas antes consideradas no dignas de estudio, apoderándose de la Edad Media y de las historias nacionales. En lugar de ocuparse de las maquinaciones de los grandes hombres, vieron por estable-



cer la manera en la que la gente vivía, lo que había usado, las historias que la gente había contado y los juegos que había jugado. Así, por ejemplo, la obra de Joseph Strutt, grabador e hijo de molinero, quien escribiera la “primera historia detallada y bien referenciada del vestido en inglés”, a la cual añadió un estudio sobre los deportes y pasatiempos medievales, sacados ambos de fuentes visuales. O la del irascible Joseph Ritson, quien compiló la primera “y aun la más completa” colección de relatos de Robin Hood.

Si valía la pena estudiar estas cosas, en consecuencia valía la pena preservarlas. Los anticuarios dieron heroicas batallas en contra de la tendencia georgiana en favor de la descuidada “mejora” de los edificios góticos, empezando en 1789 con el rescate parcial de la Catedral de Salisbury. A ellos debemos la sobrevivencia del Tapiz de Bayeux y la primera publicación del *Beowulf*.

Al frente y al centro de la popularización de historia estuvo Walter Scott, desde luego. Él fue uno de los miles que viajaron a Waterloo —un lugar que de inmediato se vio imbuido de significado— a ver y a recoger reliquias en los años posteriores al triunfo de los aliados. Que muchos hicieran esto es indicativo del “cambio en la sensibilidad” central en *Time’s Witness*, que inició con la Revolución francesa y en el que los escritores como Scott desempeñaron un papel fundamental.

El romanticismo suministró “la subyacente fuerza impulsora y el contexto abarcador” en el que “floreció” este júbilo anticuario: la relación entre los dos fue tan importante que Hill llama a su tema “anticuarismo romántico”. Los románticos y los anticuarios se vieron atraídos por cosas olvidadas y subestimadas: lo ruinoso y lo marginado; lugares y lenguajes sin domar. También aquí floreció un nuevo intercambio. La obra de Strutt influyó nuevos acercamientos al teatro, mientras que cuatro años después de la batalla de Waterloo, Scott logró su “mayor éxito hasta ese momento” con *Ivanhoe*, la primera de sus novelas que se ubicaría por completo en la Inglaterra medieval, respaldándose en su propio trabajo anticuario y en el de otros. (Como siempre, el pasado demostró ser político. *Time’s Witness* revela las implicaciones de la Revolución francesa en los acercamientos a la historia y en la fascinación del papel de Scott al forjar la propia sensación escocesa tras la unión con Inglaterra.)

Si los historiadores de hoy buscan casar legibilidad con probabilidad, mucho le deben al empeño de los anticuarios románticos por aplicar la “unión del sentimiento hondo con el pensamiento



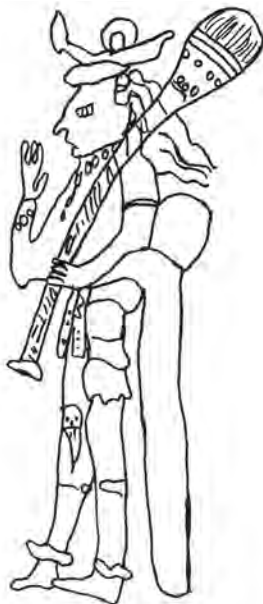
profundo” de Coleridge a la investigación histórica; el ir más allá de la razón como algo suficiente para explicar la vida humana. Esto significó, tal como lo expone Hill, “empirismo por una parte” y “sensibilidad e imaginación para entender la historia en términos humanos” por otra. La atención al detalle tenida por pedante e insignificante por algunos produjo un énfasis duradero en el empleo de fuentes primarias y en el hecho de citarlas. Y uno de los grandes legados del anticuarianismo romántico fue que el pasado se convirtió en un país extraño: un lugar poblado de seres humanos reconocibles en lugar del mundo ajeno, irrelevante que había sido. O como lo dijera Carlyle, “observamos un par de ojos tan profundos como los nuestros”.

Aunque fueron rigurosos en ciertos sentidos, la apertura de los anticuarios románticos puede parecer floja según los actuales patrones. En la nueva moda por lo antiguo, el ambiente y la apariencia —verdades emocionales— eran aceptables en lugar de la autenticidad. La productiva fertilización múltiple entre la investigación histórica y las artes, y la intensa identificación con el pasado, en ocasiones llegó a borrar las fronteras. La imaginación tuvo permiso de ir lejos.

En el “punto intermedio” en un grupo de escritores con acercamientos diferentes está el propio Scott. Su gran popularidad, escribe Hill, se derivó en parte de su habilidad para cubrir las demandas imaginativas de la época romántica. Novelas como *Ivanhoe*, montadas sobre un estudio serio, fueron también ejercicios en el “llenado de huecos en la historia, la reconstrucción de ruinas y el colorear el fondo al detalle”, creando composiciones “cuya verdad es estética más que literal”.

En su extremo el asunto llegó a la charlatanería, si bien Hill trata con simpatía a los hermanos Allen, mejor conocidos como los Sobieski Estuardo, quienes posaban como herederos jacobinos al trono y son responsables del popular malentendido de que los clanes escoceses contaron con sus propios tartanes individuales —lo cual surgió porque ellos falsificaron una “historia del siglo XVII” al decir tal cosa. (No se atrevieron a publicarla sino hasta después de la muerte de Scott, quien les tenía tomada la medida a los hermanos y su manuscrito.) Que ellos convencieran a tantos al parecer se debió al hecho de que buscaron la parte de su muy calificada investigación. “Ellos siempre vistieron como montañeses”, recordó un familiar, “y parecían melancólicos y a veces hablaban misteriosamente”.

En la mejor tradición romántica, Hill elige concentrarse en los anticuarios con la mayor correspondencia asequible para con ella crear imágenes de personas específicas: gente real, con pasiones, caprichos, pleitos y triunfos verdaderos. El lienzo es lo debi-



damente amplio y a veces hay que poner mucha atención para navegar los saltos en la cronología. También en la mejor tradición romántica, el libro es un volumen interesante y muy detallado que se lee un poco como una carta de amor, o cuando menos como una expresión de entusiasmo intelectual contagioso.

A lo largo de *Time's Witness*, la “historia” se hace visible como una sucesión de ideas y teorías sobre el pasado que constantemente se sobreponen y revisan en un proceso continuo de intercambio y acumulación. Tal y como lo señala Hill, los anticuarios ayudaron a establecer patrones que, al desarrollarse en la especialización y la profesionalización, plantaron las semillas para su renovada marginalización. Pero en la raíz de la flexibilidad de los anticuarios en asuntos de autenticidad, dice ella, estaba un entendimiento profundo de nuestra tendencia a ver en la historia exactamente lo que estamos buscando. “Al reconocer el lugar de la imaginación y de la subjetividad en el estudio del pasado”, observa Hill con perspicacia, “los anticuarios de la época romántica fueron tal vez más realistas que algunos de los que los sucedieron”.

[...] el libro es un volumen interesante y muy detallado que se lee un poco como una carta de amor, o cuando menos como una expresión de entusiasmo intelectual contagioso.

El mono musical

Michael Spitzer

Musicólogo y teórico de la música, Michael Spitzer es profesor de música en la Universidad de Liverpool, en donde está al frente del trabajo del departamento en música clásica. Forma parte del equipo de la revista *Musical Analysis*. Es autor de varios títulos, entre ellos: *Metaphor and Musical Thought* (2004), *Music as Philosophy: Adorno and Beethoven's Late Style* (2006), *Beethoven* (2015) y *The Musical Human. A History of Life On Earth* (2021). Esta nota apareció el 20 de marzo de 2021 en el *Financial Times*. Traducción de Antonio Saborit.

HACE UN AÑO, de no haberse presentado el covid, yo habría estado escuchando la Novena de Beethoven en uno de los conciertos vespertinos dominicales de la Orquesta Filarmónica